

EDITORIAL

Embarazo y parto, aunque procesos normales, bajo condiciones como las que viven la mayoría de las mujeres de América Latina constituyen un riesgo para la vida. En esta región las mujeres están sometidas a ciclos repetidos de gestación y lactancia, sobrecarga de trabajo y a una dieta deficiente. La Organización Panamericana de la Salud en su publicación acerca de Las Condiciones de Salud de la Mujer en América Latina y el Caribe, reporta que la cobertura de servicios de salud para las gestantes es inferior al 30%, los partos atendidos en instituciones no llegan al 50% y son menos del 5% las mujeres que reciben cuidados puerperales.

La problemática de la morbi-mortalidad infantil es tan abrumadora que la O.P.S. estima para comienzos del próximo siglo, cerca de diez millones de muertes infantiles técnicamente evitables con los recursos hoy disponibles. Pero más allá de las cifras, es preciso indagar acerca de las realidades en juego en esta situación, realidades que hacen selectiva y diferencial la enfermedad y la muerte en los niños y en las madres de nuestra región.

Por otra parte la práctica de la enfermería ha mantenido una estrecha relación con la atención materno-infantil; la partería fue una actividad desempeñada únicamente por mujeres hasta que fue acaparada por los hombres y dominada por la medicina. Comadronas y parteras, fueron títulos que acompañaron durante los años 30 y 40 los diplomas que expedían las nacientes Escuelas de Enfermería en Colombia. La obstetricia es el área profesional más antigua que se registra en los pensum de formación de enfermeras y auxiliares de enfermería.

Pero ni los avances científico-técnicos, ni la prioridad en las políticas de salud, ni la antigüedad de una práctica han logrado superar las crónicas deficiencias del sector salud y del Estado para atender esta problemática. Cabe entonces preguntar si la formación, el ejercicio profesional y la investigación frente a los problemas de salud de las madres y de los niños del continente han tenido un enfoque, una interpretación y una respuesta coherentes a nivel de las instituciones, las organizaciones y las políticas estatales.

Por la naturaleza y la magnitud de la problemática, por sus consecuencias presentes y futuras y por la responsabilidad histórica que compete a la enfermería dada la razón social de su quehacer, es urgente reflexionar acerca del enfoque con el cual se ha abordado y enfrentado hasta hoy la realidad materno-infantil a nivel de la formación de

profesionales y técnicos, de la prestación de servicios de salud, de la investigación, de las políticas de los organismos internacionales y de implementación en nuestros sistemas de salud. Sólo entonces se podrán tener respuestas no sólo para cualificar los currículos y afinar las investigaciones, sino para transformar el panorama tantas veces descrito y que señalamos al comienzo de estas notas editoriales.